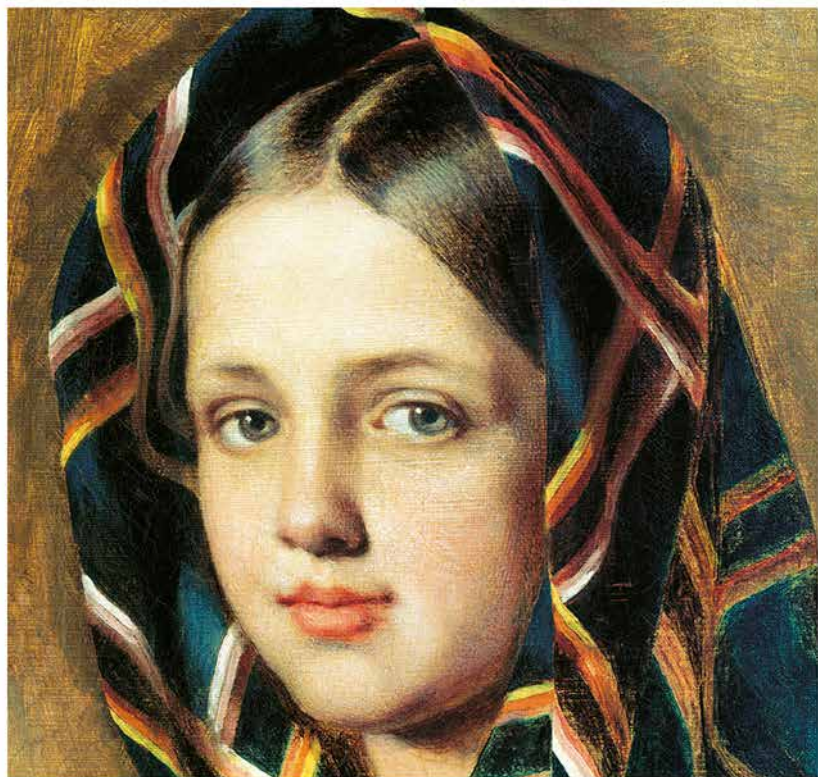




F. M. Dostoyevski

La sumisa

Traducción del ruso de Juan Luis Abollado



Galaxia Gutenberg

F. M. DOSTOYEVSKI

La sumisa

Relato fantástico

Traducción del ruso
de Juan Luis Abollado

Galaxia Gutenberg



Título de la edición original: *Кроткая*
Traducción del ruso: Juan Luis Abollado

Publicado por
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: octubre de 2022
Segunda edición: mayo de 2023
Tercera edición: julio de 2025
Cuarta edición: marzo de 2026
Quinta edición: junio de 2026
Sexta edición (primera en este formato): octubre de 2026

© de la traducción: herederos de Juan Luis Abollado, 2022
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2022

Preimpresión: Maria Garcia
Impresión y encuadernación: Romanyà-Valls
Plaça Verdaguer n.º 1, 08786-Capellades
Depósito legal: B 12855-2022
ISBN: 979-13-88236-80-8

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública
o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización
de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley.
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos)
si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra
(www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

Aclaración preliminar

Pido a los lectores me disculpen si esta vez les ofrezco sólo un relato breve en lugar del «Diario» en su forma habitual. Pero este trabajo me ha absorbido en realidad gran parte del mes. En todo caso, les ruego sean condescendientes.

Aplico al relato el nombre de «fantástico» a pesar de considerarlo real en alto grado. Sin embargo, algo hay verdaderamente fantástico en su forma, y considero necesario aclararlo previamente.

El caso es que no se trata ni de un relato ni de unas memorias. Imagínense a un marido que tiene ante sí, sobre la mesa, a su esposa, la cual se ha suicidado arrojándose por la ventana. El marido se encuentra aún aturdido, todavía no ha tenido tiempo de concen-

trarse. Va y viene por las habitaciones de su casa esforzándose por hacerse cargo de lo ocurrido, por «fijar su pensamiento en un punto». Además, es un hipocondríaco empedernido, de los que hablan con ellos mismos. También en ese momento está hablando solo, cuenta lo sucedido, se lo aclara. A pesar de la aparente trabazón de su discurso, se contradice varias veces a sí mismo, tanto por lo que respecta a la lógica como a los sentimientos. Se justifica, la acusa a ella y se sume en explicaciones tangenciales en las que la vulgaridad de ideas y afectos se junta a la hondura de pensamiento. Poco a poco va *aclarando* lo ocurrido y concentrando «los pensamientos en un punto». Varios de los recuerdos evocados le llevan por fin a la *verdad*, la cual, quiera o no, eleva su entendimiento y su corazón. Al final cambia incluso el tono del relato, si se compara con el desorden del comienzo. El desdichado descubre la verdad bastante clara y de perfiles concretos, por lo menos para sí mismo.

Este es el tema. Claro, el desarrollo del relato dura varias horas, con desviaciones e interferencias, y de manera confusa, pues

ese hombre a veces se habla a sí mismo y otras parece que se dirige a un oyente invisible, a un juez. Así ocurre siempre en la realidad. Si fuera posible oírle y hacer que un taquígrafo anotara sus palabras, el relato obtenido sería algo más deshilvanado que el mío, algo menos acabado; pero, según lo que se me alcanza, la ordenación psicológica sería, quizá, la misma. Llamo «fantástico» al presente relato precisamente porque presupongo la existencia de un taquígrafo que lo anota todo (después yo retoco lo escrito). Reiteradamente artificios semejantes se han admitido en la literatura. Victor Hugo, por ejemplo, en su obra maestra *El último día de un condenado a muerte*, recurre casi al mismo procedimiento, y si bien no presenta a ningún taquígrafo, admite un hecho todavía más inverosímil al suponer que el condenado a muerte puede escribir sus memorias (y tiene tiempo para ello) no sólo durante su último día, sino incluso durante la última hora y, literalmente, durante sus últimos minutos. Pero sin haber admitido semejante fantasía, no existiría la obra, la más real y veraz de cuantas ha escrito.